

Irene Liberia Vayá

**José Vidal-Beneyto. Sociología crítica y resistencia
democrática: una vida a contraviento**

València: Institució Alfons el Magnànim-Centre Valencià d'Estudis i
Investigació, 2019, 312 págs.

Pudiera resultar chocante el contraste entre la cantidad de necrológicas de diversa extensión aparecidas a raíz de la muerte, el 16 de marzo de 2010, del sociólogo valenciano José Vidal-Beneyto y la falta absoluta -hasta ahora- de estudios monográficos acerca de la obra de este intelectual que solía autodefinirse también como “comunicólogo”. No procede entrar aquí a intentar discernir las causas de este y otros clamorosos silencios: baste con apuntar que, afortunadamente, y como ha sucedido con otros sociólogos que nunca terminaron de encajar del todo en el sistema universitario español, pero cuya obra es importante en el desarrollo intelectual de la disciplina y en la creación de una conciencia ciudadana crítica –como pudiera ser el caso de Francisco Ayala, estudiado por Ribes Leiva (2007), o el más coetáneo de Jesús Ibáñez, analizado en sendas monografías por Nacach (2003) y Moreno Pestaña (2008)-, Vidal-Beneyto, “Pepín”, como insisten sus amistades en que gustaba ser llamado, ha encontrado a su investigadora en Irene Liberia Vayá.

En el libro, que tiene su origen en una tesis doctoral, la autora engarza su narración desde una perspectiva biográfica -no en vano está publicada en un colección de “Biografías”- que puede leerse desde una doble perspectiva: como contribución a la historia política e intelectual de España (entendida siempre en su contexto internacional) desde la Guerra Civil hasta la primera década del presente siglo, y como aportación a la sociología de la sociología, en tanto que analiza el proceso de creación de un pensamiento nunca dado por concluido. Es interesante señalar que, para su elaboración, ha sido fundamental tanto el recurso a los fondos documentales y bibliográficos de Vidal-Beneyto, buena parte de los cuales se hayan depositados en la Universitat de València, y que incluyen una gran cantidad de material inédito, como a los archivos personales

del autor objeto de estudio que permanecen en París, donde Liberia ha trabajado en estrecha relación con la socióloga Cécile Rougier (con quien Vidal estuvo casado). También es de destacar el notable esfuerzo de la autora para realizar entrevistas con numerosos personajes cercanos al sociólogo, cuyas aportaciones resultan fundamentales a la hora de reconstruir su compleja peripecia vital e intelectual.

De agradecer es que el objetivo del estudio se deje bien explícito de antemano: este trabajo pretende contribuir al “reconocimiento público de una figura de indudable importancia en el ámbito intelectual y político español, europeo e internacional”, no como mera hagiografía, sino con la intención de contribuir “a la crítica social que atraviesa y da sentido a toda su trayectoria” (p.15). Porque si algo dejó claro Vidal fue su convencimiento de que las ideas pueden servir para cambiar el mundo, debiendo ser la sociología una disciplina de carácter crítico, con una función esencialmente pública, emancipadora y, por tanto, política. Esto implica a la vez la irrenunciable e incesante búsqueda de la verdad y el necesario alejamiento de cualquier dogmatismo que nos permita creernos en posesión de una verdad absoluta; no en vano, entre sus principales referentes intelectuales se encontrará Habermas, con su racionalidad discursiva y su democracia deliberativa. A este hay que añadir, lógicamente, la fuerte herencia de la Escuela de Frankfurt, de las corrientes fenomenológicas y, de manera destacada, el pensamiento complejo de Edgar Morin, con quien mantuvo durante toda su vida una estrechísima relación personal y a quien llamaba “hermano”.

A lo largo de todo el libro se consigue exponer una amena narración en la que la complicada -trepidante, podríamos decir- biografía del autor nunca deja de sorprendernos: nacido en 1927 en el seno de la burguesía naranjera valenciana, hijo de una madre con firmes creencias religiosas y de un padre conservador pero republicano, al que un grupo de revolucionarios intenta asesinar al estallar la Guerra Civil, ya de niño vivirá peripecias como la necesidad de salir de España hacia las costas francesas, en barco y en plena noche, en un primer exilio en el que recibirá una leve herida de bala en un atentado contra su padre. Tras su escolarización en francés y su vuelta a Valencia, ingresa a los 17 años en el Opus Dei, organización a la que pertenecerá durante cuatro años, y que será tiempo después objeto de un estudio que quiso ejecutar con rigor sociológico, pero que, de una manera rocambolesca, le fue robado de su despacho, privándonos así de lo que podría haber sido el primer acercamiento serio a esta organización a la que consideraba clave en el proceso de transformación social que experimentó España durante la década de los sesenta (estamos en 1967), y en la que vio, en el

momento de su ingreso, un importante agente renovador dentro del esclerotizado catolicismo hispano.

Su etapa como estudiante en la Universidad de Valencia (1944-1947) donde se matricula en Filosofía y Letras y Derecho, viene fuertemente marcada por esta inquietud espiritual (tratará incluso con José M^a Escrivá de Balaguer), y contrasta vivamente con la madrileña (1947-1952), donde cambiará la fe religiosa por el compromiso político democrático. Aunque ya había escrito algún poemario y pergeñado alguna novela (obras que quedaron inéditas), será en Madrid donde frecuente tertulias literarias de aire bohemio, que le permiten a relacionarse con gente vinculada a la Facultad de Filosofía entre quienes, por citar algunos nombres, se encuentran Ignacio Aldecoa, Josefina Rodríguez, Alfonso Sastre, Juan Benet, Manuel Sacristán, Carmen Martín Gaité, Rafael Sánchez Ferlosio, Ignacio Sotelo o Martín Santos (en *Tiempo de silencio* encuentra un sosias en la figura de Pedro). Aunque en la Facultad de Derecho mantiene amistades de indudable talante conservador (Luca de Tena, Ruiz Gallardón, Sainz de Robles, Fernández Cuesta...), lee a Dilthey, Scheler, Maritain o Sastre, lo que será decisivo en su abandono del Opus Dei. Cabe destacar que su renuncia a la propia fe no implicará ningún tipo de animadversión, ni por las creencias religiosas ni por la propia Obra, aunque sí marcará, por un lado, la importancia que durante toda su vida concederá a las implicaciones sociales de la religión -ya en 1949 imparte en Madrid una conferencia sobre la relación entre esta y socialismo- y, por otro, su firme decisión de no ingresar nunca en un partido político (lo que, para él, hubiera sido el cambio de una iglesia por otra). En todo caso, es ahora cuando se va adentrando en el existencialismo, al tiempo que comienza a conocer el pensamiento marxista. Además, comienza a visitar asiduamente Europa, principalmente París, donde será alumno de Merleau-Ponty o Raymond Aron, pero también Heidelberg, donde tendrá a Karl Löwith como profesor, o Frankfurt, donde asistirá a las clases de Adorno. La consolidación de su interés por la filosofía existencialista se completa pues con la profundización en la fenomenología de Husserl, al tiempo que descubre la sociología. Mientras económicamente se mantiene gracias a su actividad en el ámbito de los negocios de cítricos (que mantendrá hasta los años noventa), su conversión política se plasma en la militancia clandestina contra el franquismo, en un incesante ir y venir de España a Francia no exento de órdenes de detención ni de documentos de identidad falsos. Su formación como sociólogo avanza, pues, vinculada a naciente europeísmo, a sus iniciativas económicas -que, mantenidas en el tiempo, llegarán a incluir la creación de bancos como el de la Exportación de Valencia en 1965- y, de manera destacada, a su papel de nexo de unión de

disidentes políticos, con una decidida voluntad de aglutinar a todas las fuerzas antifranquistas, tanto las situadas a la izquierda como a la derecha democrática. Así, su papel será fundamental, por citar un hecho destacable, en la organización del famoso “contubernio de Múnich” (1962), cuyo significado es analizado en detalle.

La autora distingue una nueva etapa (1957-1971) a partir de la “adulthood” de Vidal- Beneyto, cuando, ya con treinta años, y siempre entre Europa y España, “abre el camino a la sociología crítica” en esta última. Así, nos adentramos en las dificultades que encuentra la institucionalización de la disciplina sociológica en la dictadura, y el papel fundamental de Vidal-Beneyto en la creación de alternativas tan importantes como la ya mítica CEISA o la Escuela Crítica de Ciencias Sociales, que tendrán que lidiar una y otra vez con las trabas de la represión franquista. Siempre en movimiento, pasará tres años, entre 1971 y 1974, en Estados Unidos, lo le permitirá ampliar su extensísima red de contactos de alto nivel, al tratar con gente como Marcuse o Cicourel, y donde vivirá una auténtica “efervescencia intelectual”, que incluye desde el interés por el estructuralismo de Lévi-Strauss y Jakobson hasta la reactivación de su vieja pasión por una sociología de la religión nunca dejada del todo de lado. A la vuelta de América, y alternando siempre diversas investigaciones o la creación de seminarios de diverso tipo con clases en distintos lugares y con proyectos cinematográficos (de la lectura del libro se desprende que muy pocos aspectos de la cultura quedaron fuera de la inquieta mirada de este sociólogo), a los 47 años, y con una tesis sobre la estructura de poder local en los municipios valencianos de Alzira y Carcaixent, obtiene por fin el título de doctor en Derecho en la Universidad Complutense de Madrid, lo que no supondrá, ni de lejos, su integración plena en la vida universitaria. Mientras sigue reflexionando sobre el importante papel de la religión en la vida pública española, durante los años de la transición política, y tras haber jugado un papel fundamental en la constitución de la Junta Democrática de España, ve como el modelo de “democracia delegativa” se impone a la democracia participativa por la que siempre luchó: la transición acabaría llevando, pues, a una “democracia fallida” o “de clase”. Con todo, el “hombre de redes” que es, no descansa: nuevamente en París, le vemos dando conferencias y organizando encuentros con intelectuales de la talla de Lefort, Duverger, Touraine, Poulantzas o Duvignaud. Por otra parte, y en contacto con Umberto Eco, Julia Kristeva o Bateson, intenta reformular los fundamentos científicos de las Ciencias de la Información.

La década de los ochenta del pasado siglo es la más importante en cuanto a su fundamental aportación a la investigación científica de los medios de

comunicación, ampliando las perspectivas frankfurtianas sobre las industrias de la cultura mediante el apoyo en la semiología y la lingüística de inspiración estructuralista; además, muy pronto supo vislumbrar la importancia de la informática, tanto en su vertiente estrictamente práctica de almacenamiento masivo de datos como en sus aspectos cognitivos y en sus posibilidades para la investigación social. La hostilidad con que le trata la universidad española, con todo, sigue siendo evidente; aun así, y pese a la tozuda oposición de Salustiano del Campo (y de Fraga), consigue por fin, en 1982, ser nombrado por vía extraordinaria catedrático de Sociología del Conocimiento de la Universidad Complutense de Madrid (recordemos que es el año en que fueron nombrados por esa misma vía otras figuras marginadas de la universidad, como Caro Baroja, Blanco Aguinaga o Román Gubern, entre otros). Pese a que, a priori esto hubiera podido significar su definitivo asentamiento en la vida universitaria española, la vida sedentaria no llegará nunca: en 1985 (y hasta 1992) seguirá militando en su incansable europeísmo a través de la incorporación al Consejo de Europa en Estrasburgo. Y es de destacar cómo, así como la evolución de la transición española le llevó a un cierto desencanto, Vidal-Beneyto también percibió con claridad cómo el proyecto de esa Europa social de la ciudadanía por la que tanto luchó era desplazado por una Europa cada vez más sometida a las nuevas formas del capitalismo. Pero en ningún caso se rindió al fatalismo; así, desde su interés por los medios de comunicación, no dejará de advertir de la necesidad de regular la concentración empresarial de los mismos, tanto para hacer frente a la competencia norteamericana como para mantener las posibilidades informativas veraces de una ciudadanía a la que consideró –en una línea similar a la desarrollada por los *Cultural Studies*– activa en su relación con unos medios cuyo papel en la reproducción y naturalización de desigualdades sociales nunca se cansó de denunciar, al tiempo que siempre defendió la posibilidad de alternativas democráticas.

Ningún aspecto de la cada vez más compleja realidad social que le rodea parece serle ajeno, y su afán de intervención transformadora es infatigable: durante los años ochenta y noventa le vemos embarcarse en proyectos como la recuperación del Colegio de España en París, el empeño en la construcción de un eje europeo-mediterráneo-latinoamericano –que cuajará en la creación de la Fundación AMELA-Valencia–, la creación (también en París) del Colegio de Altos Estudios Europeos “Miguel Servet”, la creación de Itinerarios Culturales europeos (como la recuperación del antiguo Camino de Santiago), el impulso por parte de la UNESCO de Reservas de la Biosfera... todo ello combinado con la incesante organización de seminarios, congresos y encuentros a los que acuden

intelectuales del más alto nivel y con el dictado de conferencias y la escritura de innumerables artículos en la prensa.

Los últimos años de su vida vienen marcados, en gran parte, tanto por los frecuentes reconocimientos oficiales a su labor como por las crecientes dificultades derivadas de su enfermedad. Con todo, su actividad nunca cesa: le preocupa el olvido al que ve relegada la memoria de la resistencia al franquismo (es interesante constatar cómo reivindica una “memoria democrática”, antes que una simple “memoria histórica” que pudiera homologar a vencedores y vencidos), sigue colaborando activamente en tertulias y escribiendo en medios de comunicación (fue socio fundador de *El País*, periódico del que nunca se apartó, a pesar de que la deriva ideológica vivida durante sus últimos años le disgustaba), funda la Cooperativa de Ideas Walter Benjamin –quien constituía la “matriz de todo el pensamiento crítico del siglo XX”, según afirmaba–, se vincula a colectivos como ATTAC, denuncia la importancia del cambio climático mientras apoya a organizaciones ecologistas y, desde luego, sigue escribiendo artículos e incluso libros que aparecerán póstumamente.

Es imposible en una reseña hacerse eco del nivel de actividad intelectual y política de un intelectual imprescindible, poliédrico, cuyo cosmopolitismo no le hizo renunciar nunca a sus orígenes valencianos (tanto en sus negocios como en sus investigaciones o en su memoria sentimental), y que, pese a que no llegó a escribir su autobiografía, sí dejó un cuaderno de notas que demuestra que había empezado a pergeñarla con el significativo título de *Una vida a contraviento*, idea que muy bien sabe rescatar la autora en el subtítulo del libro. Para hacerse una idea cabal del vértigo que produce la contemplación de su vida en sus cambiantes contextos históricos es necesario, pues, leer esta monografía a la que solo pude reprochársele, tal vez, no haberse adentrado más a fondo en el proceso de construcción del pensamiento teórico del autor (la ausencia en la bibliografía de su legendario epílogo al *Homo sociologicus hispanicus* de Amando de Miguel, titulado “Sociología y garbanzos”, es significativa al respecto). Con todo, hay que tener en cuenta que, como ya se ha apuntado, el libro se publica en una colección de biografías, y estos aspectos fueron tratados con más profundidad en la tesis que lo origina. Aquí, valga decir que la autora facilitó, con anterioridad a esta publicación, el libre acceso a una ingente cantidad de documentación, tanto del propio Vidal como referida al mismo, mediante su colaboración fundamental en la realización de un extenso repositorio de libre acceso en la Universitat de València, donde podemos leer desde los poemas inéditos de su juventud hasta

múltiples cartas, informes, capítulos de libro –como el epílogo citado-, trabajos aparecidos en revistas científicas extranjeras, en prensa diaria o entrevistas.¹

Estamos pues ante un trabajo pionero, que deja muy buen sabor de boca, y que, ante todo, incita a la curiosidad por seguir profundizando en la obra de un sociólogo marcado por la itinerancia, el cosmopolitismo y el inquebrantable compromiso con una democracia cada vez más amenazada. Queda pues felicitar a Irene Liberia y agradecerle su trabajo riguroso, bien escrito y que viene además acompañado de abundante material gráfico que ilustra múltiples momentos de la fascinante biografía de Vidal-Beneyto, en un libro pulcramente editado por la Institució Alfons el Magnànim.

REFERENCIAS

- MORENO PESTAÑA, J.L. (2008), *Filosofía y sociología en Jesús Ibáñez. Genealogía de un pensador crítico*, Madrid, Siglo XXI.
- NACACH, P. (2003), *A través del espejo. Individuo y sociedad en la obra de Jesús Ibáñez*, Madrid, CIS.
- RIBES LEIVA, A.J. (2007), *Paisajes del siglo XX. Sociología y literatura en Francisco Ayala*, Madrid, Biblioteca Nueva.

Pedro García Pilán
Universitat de València

¹ Puede consultarse en: <https://roderic.uv.es/static/ben/index.html>